

CAPÍTULO VI

La educación.

§ 219. La educación, en su más amplio sentido, es la preparación para una vida completa. Comprende, en primer término, la disciplina y los conocimientos indispensables ó útiles para proveer á la propia subsistencia y á la subsistencia de la familia. Y abraza, en segundo término, aquel desarrollo de las diversas facultades, á cuyo favor cabe utilizar las varias fuentes de placer que la Naturaleza y la Humanidad ofrecen á los espíritus bien dispuestos.

En cuanto á la primera de esas dos partes de la educación, la moral no se limita á sancionarla: la exige. Adquirir la aptitud necesaria para la obra de la vida es un deber, primariamente hacia nosotros, y secundariamente hacia los demás. Si en el capítulo de esa aptitud incluimos, como se debe, la habilidad que exigen las ocupaciones manuales de igual modo que todos los talentos superiores de cualquier categoría, es manifiesto que, salvo para los que obtienen *gratis* su subsistencia, la falta de semejante cultura hace imposible disfrutar de una vida física sana y atender al sustento de la familia. Amén de esto, no adquirir el poder de

mantenerse y de mantener á los suyos, es convertirse en una carga para los demás, si los demás acuden en ayuda del necesitado, ó causarles, de otro modo, el sufrimiento que origina la contemplación de la miseria.

Respecto á la segunda parte de la educación, no puede alegarse ninguna obligación perentoria. Los que consideran la vida desde un punto de vista ascético no conciben que tenga razón de ser una cultura destinada á acrecentar goces refinados; y aun de hecho, como los cuáqueros acreditan, llegan á despreciarla y frecuentemente á reprobarla en todo ó en parte. Sólo los que aceptan el hedonismo pueden abogar lógicamente por ese ejercicio de la inteligencia y del sentimiento que nos prepara al disfrute de variados goces en las horas desocupadas; sólo ellos pueden mirarlo como indispensable, no para la vida, sino para alcanzar una vida completa, y como susceptible de sanción moral en tal respecto.

Pasemos de estas ideas generales sobre la educación, esencial y no esencial, á sus diversas esferas.

§ 220. Hay una parte de la educación generalmente desatendida, y cuya importancia deberían reconocer así aquellos á quienes proporciona medios de vivir como aquellos á quienes no procura beneficios materiales, que deben ser lo primero. Aludo á la adquisición de la destreza manual.

Que ésta es una preparación conveniente para los que se dedican á industrias productoras, nadie lo pondrá en tela de juicio, por más que, al presente, no se estimula bastante á adquirir esa habilidad ni aun á los niños que pueden necesitarla: no se cultiva más destreza que la que dan los juegos. Y, sin embargo, habilidad manual y delicadeza de percepción deberían alcanzarlas también los que han de dedicarse á carreras

superiores. La torpeza de los miembros y la dificultad de manejar los dedos con destreza, acarrear mil contratiempos á todas horas, y á veces verdaderos desastres, mientras que la expedición contribuye frecuentemente al bienestar propio ó ajeno. El que se adiestra en el uso de sus sentidos y de sus músculos, se halla menos expuesto á accidentes que el inexperto, y, cuando sobrevienen los accidentes, puede remediar mejor sus consecuencias. Si no se echase en olvido una verdad tan notoria, sería absurdo recordar que, pues los miembros y los sentidos se tienen para amoldar los actos propios á los objetos y movimientos circundantes, á todos interesa adquirir habilidad para la ejecución de tales actos.

No se suponga que abogo por la extensión de la enseñanza reglamentada en ese sentido. Al contrario. Uno de los vicios de nuestro tiempo es reducir toda la educación á lecciones. El cultivo de la habilidad manual, como el de toda destreza, debería efectuarse al paso con la prosecución de los fines á que nos impulsan nuestros deseos. Una educación dirigida racionalmente depara mil ocasiones de ejercitar las facultades que ponen en juego á todas horas el artesano y el experimentador.

§ 221. La educación intelectual, bajo su aspecto primario, se enlaza con la que acababa de mencionarse; porque si la disciplina de los miembros y de los sentidos los prepara para obrar en relación directa con las cosas circundantes, la inteligencia, en sus grados sucesivos, es un agente que guía nuestras relaciones indirectas, de una complejidad creciente. Las conquistas y obras más elevadas del pensamiento se alejan ahora tanto de la vida práctica, que usualmente se pierde de vista la relación que con ella las une. Pero si se recuerda que el palo con que se levanta una pie-

dra, ó el remo que impele un bote, son aplicaciones de la palanca; que al apuntar una flecha de modo que se prevenga su tendencia á acercarse al suelo, se reconocen tácitamente ciertos principios dinámicos, y que desde esos vagos conocimientos primitivos puede seguirse paso á paso el progreso intelectual hasta las generalizaciones de los matemáticos y de los astrónomos, veremos que la ciencia ha surgido gradualmente del saber rudimentario del salvaje. Y advirtiendo que, así como ese saber rudimentario del salvaje sirvió de guía sencilla á los actos sustentadores de su existencia, así también los conocimientos desenvueltos de las matemáticas y de la astronomía sirven de guía en el taller, en el escritorio del comerciante y en la dirección de las embarcaciones, al paso que la física y la química desenvueltas presiden á todos los procedimientos industriales, veremos también que, en uno como en otro extremo, el desarrollo de la capacidad del hombre para proceder eficazmente en sus relaciones con el mundo exterior, y satisfacer así sus necesidades, es el primer objetivo de la cultura intelectual.

Aun para esos fines que llamamos prácticos, la cultura que nos da á conocer la naturaleza de las cosas debería ser más amplia de lo que se cree indispensable comúnmente. La preparación para profesiones determinadas es demasiado especial. No puede tenerse un conocimiento satisfactorio de una clase particular de hechos naturales sin algún conocimiento de las otras clases. Cada objeto y cada acción ofrecen simultáneamente varios órdenes de fenómenos —matemáticos, físicos, químicos, y, en muchos casos, vitales;— y esos fenómenos están tan encadenados, que la plena comprensión de cualquier grupo entraña el conocimiento parcial de los restantes. Aunque á primera vista puede

parecer inasequible la cultura intelectual que esto supone, realmente no lo es. Cuando se dirige con acierto la educación, pueden comunicarse claramente y fijarse de una manera sólida las verdades cardinales de cada ciencia, dejando aparte la multitud de corolarios que suelen enseñarse á la par. Y después de familiarizarse con esas verdades primarias de las diversas ciencias, hasta el punto de poder comprender fácilmente sus consecuencias principales, cabe llegar á racionales concepciones de cualquier grupo de fenómenos y hallarse completamente preparado para una ocupación determinada.

Esta parte de la cultura intelectual que abarca el conocimiento de las ciencias, sobre la sanción moral de que indirectamente disfruta por cuanto ayuda á proveer á la subsistencia propia y de otros, goza también una sanción directa, independiente de toda mira práctica. La criada, el mozo de labranza, el tendero—más diré: el promedio de los eruditos y hombres de letras—no ven en el mundo animado ó inanimado, con el universo que lo envuelve, el gran panorama que descubren los que, habiendo adquirido alguna idea de las acciones, infinitas é infinitesimales, que por doquiera se desarrollan, pueden contemplar ese espectáculo bajo otros puntos de vista que los profesionales. Figurémonos que se entra en un salón, espléndidamente decorado, con una pobre lamparilla, y que acercando esa luz á un punto cualquiera de una pared se distingue un trozo de la ornamentación, permaneciendo á oscuras lo demás; figurémonos ahora, en vez de la lamparilla, lámparas eléctricas que, á una vuelta del botón, nos revelan de golpe toda la estancia con cuantas cosas contiene, y podremos coleccionar lo que va del aspecto bajo el cual mira la naturaleza el espíritu completamente

inculto al aspecto bajo el cual la contempla el espíritu de alta cultura. El que debidamente aprecie ese inmenso contraste, habrá de convenir en que la ciencia, bien asimilada, lleva á la exaltación de la vida mental.

Otra consecuencia debe reconocerse, y es ésta: el estudio de todos los órdenes de fenómenos, que, al par que suministra concepciones generales y adecuadas de los hechos, conduce, ya en uno, ya en otro sentido, á límites que ninguna exploración traspasa, es indispensable para darnos cuenta de nuestra relación con el misterio último de las cosas, y para despertar así en nosotros una conciencia que bien puede considerarse afin con la conciencia moral.

§ 222. En su más amplia acepción, el conocimiento de la ciencia comprende el conocimiento de la ciencia social, y éste abraza, á su vez, cierto orden de conocimientos históricos. Todo ciudadano debería procurar adquirir lo indispensable de ese saber para la dirección de su conducta política. Aunque la mayor parte de los hechos en que se fundan las verdaderas generalizaciones sociológicas pertenecen á la vida de esas sociedades salvajes ó semicivilizadas de que hacen caso omiso nuestros programas de educación, también se necesitan algunos de los hechos que ofrece la historia de las naciones civilizadas.

Amén de los elementos impersonales de la historia, que reclaman la atención preferente, se puede conceder también cierta atención á sus elementos personales. Por lo común, la absorben toda. El estudio de la historia en los grandes hombres, esa teoría adoptada tácitamente por los ignorantes de todos los tiempos, y formulada en tiempos recientes por Mr. Carlyle, implica que el conocimiento histórico se reduce al de los gobernantes y de sus actos; y la tal teoría alimenta en la gran

masa de los espíritus una afición á murmurar de los muertos, no mucho más respetable que la afición á murmurar de los vivos. Pero, aunque ninguna noticia al tanto de reyes y de papas, de ministros y generales, así se aderece con todo linaje de informes sobre intrigas y tratados, sitios y batallas, hasta apurar la materia, nos da un conocimiento profundo de las leyes de la evolución social; aunque el solo hecho de que la división del trabajo ha ido desenvolviéndose en todas las naciones progresivas sin percatarse de ello los legisladores, y sin que nadie consultara su parecer, patentiza que las fuerzas que modelan las sociedades hacen su obra con independencia, y, frecuentemente, á despecho de los designios de sus jefes, á pesar de todo, pueden estudiarse con fruto algunos de los jefes y sus actos. Las pasadas etapas del progreso humano, de que todos deberían tener alguna idea, se presentarían demasiado envueltas en nebulosidades, si se prescindiese en absoluto del conocimiento de las personas y de los sucesos que á ellas se asocian—sobre que algo de ese conocimiento es preciso para ensanchar convenientemente la idea de la naturaleza humana, viendo los extremos, buenos á veces, malos la mayoría, á que puede llegar.

A esta cultura acompaña la de carácter puramente literario. Ocioso es decir que una buena proporción de esta última forma parte de la preparación para una vida completa; lo que más bien debe advertirse es que en una educación debidamente ponderada, y lo mismo en la vida adulta, la literatura debería ocupar menos espacio del que ahora llena. Casi todos los hombres propenden á las ocupaciones intelectuales sencillas ó que procuran excitaciones agradables con poco esfuerzo; así, la historia, la biografía, la novela y la poesía suelen atraer más que la ciencia, más que ese conocimiento

del orden general de las cosas que debe servirnos de guía.

Con todo, desde el punto de vista del hedonismo, que tiene en cuenta el placer directamente alcanzado, la cultura literaria posee títulos serios á nuestra atención, y aun debe reconocerse que, contribuyendo á la riqueza y energía de la expresión con los materiales que suministra para las metáforas y alusiones, acrecienta los goces intelectuales y los beneficios del comercio social. Sin ella, la conversación es pobre é insípida.

§ 223. En materia de cultura, como en todo, los hombres tienden á caer en los extremos. Quiénes, como la mayoría, la descuidan casi en absoluto, mientras que unos cuantos se consagran á ella casi exclusivamente, y á menudo con resultados desastrosos.

Dice Emerson que el primer requisito para ser un *gentleman* es ser un animal robusto. Ese es el primer requisito para todos. Un género de vida que sacrifica al animal, si puede admitirse en circunstancias especiales, no puede admitirse como regla. Dentro de la esfera de nuestro saber positivo, no vemos en ninguna parte inteligencia sin vida; no vemos en ninguna parte vida sin cuerpo; no vemos en ninguna parte una vida plena—una vida de gran intensidad, de gran amplitud y de gran duración—sin un cuerpo sano. Toda infracción de las leyes que rigen la salud corporal produce un daño físico, que á la larga, aunque á menudo de una manera invisible, cede en detrimento de la salud mental.

Las exigencias de la cultura deben supeditarse, pues, á las necesidades primarias. Su proporción debe ser la compatible con el bienestar físico y con la actividad normal, no sólo de las facultades intelectuales que se ejerciten, sino de todas las obras, y aun, sobre

compatible, ha de ser favorable á ese bienestar físico y á esa actividad normal. Exagerada hasta el extremo de disminuir la viveza nativa y producir un estado de indiferencia hacia los diversos goces naturales, es un abuso, y más lo es aún, si, como suele acontecer, se extrema hasta el punto de disgustarnos de los objetos á que hemos concedido una atención desmedida.

Pero, sobre todo, cuando hay que condenar ese trabajo abusivo, es tratándose de mujeres, porque entonces los daños son incalculables. Dícese que la educación superior de las señoritas, tal y como ahora se da en los colegios de Girton y Newnham, no es compatible con la conservación de una buena salud, y, aun omitiendo las que tienen que renunciar á proseguirla, parece que el hecho es cierto. Digo de propósito que «parece cierto», porque hay varios grados en lo que se llama buena salud. Por regla general, se aplica la expresión cuando no existe ninguna alteración física manifiesta; pero entre eso y la plena salud que se revela en la animación y la exuberancia de energía hay una inmensa distancia. Las mujeres, principalmente, pueden parecer disfrutar de una buena salud, y faltarles mucha, sin embargo, para lo que exige el porvenir de la raza. Porque su constitución posee en mucho mayor grado que la del hombre el exceso de vitalidad destinado á perpetuar la especie, y, cuando se abusa de las fuerzas del organismo, disminuye considerablemente esa reserva antes de que sufra menoscabo la porción de energía que alimenta la vida individual. De alguna parte ha de salir el coste del trabajo, y, sobre todo, del trabajo cerebral, que es muy dispendioso, y, si el gasto es excesivo, no puede pagarse sin tocar al capital reservado para el porvenir del linaje. La virtud reproductora se reduce en diversas proporciones, hasta agotarse,

algunas veces, la posibilidad de tener hijos, y más frecuentemente la de criarlos; muy á menudo se reduce en una proporción menor, que no puedo especificar. Me creo autorizado para decir que una de las consecuencias lejanas del recargo de la educación suele ser un motivo de desavenencias conyugales.

Añadiré que, con un sistema más racional, hombres y mujeres podrían recibir una cultura bastante elevada, sin daño ninguno. Suprimiendo los conocimientos inútiles incluidos en lo que pasa ahora por una buena educación, todo lo que es necesario para nuestra guía, la mayor parte de lo que puede apetecerse en una persona ilustrada, y mucho de lo que se estima decorativo, podría adquirirse sin exposición á reacciones perjudiciales.

§ 224. A los motivos egoístas que concurren en pro de la educación personal se juntan motivos altruistas. Un ser humano, desprovisto de cultura y de esa vida intelectual que engendra la disciplina de las facultades, es un ser que carece de atractivos. Y es un deber social hacerse agradable. Por lo mismo, la cultura, y especialmente la que nos presta virtud animadora, goza de algo más que de una sanción ética.

Eso se aplica, sobre todo, á la cultura estética, de la cual nada he dicho hasta aquí. Debe prescribirse, no sólo por lo que contribuye á ese superior desarrollo del individuo exigido para la plenitud de la vida y la felicidad, sino también por lo que acrecienta la virtud de proporcionar goces á las demás personas. Aunque el estudio de las artes plásticas, de la música y de la poesía, suele alentarse, ante todo, porque nos hace accesibles á goces de que no pueden disfrutar los espíritus extraños á la cultura estética, no obstante, los que poseen talentos superiores al promedio común de-

berían desenvolverlos también por motivos de benevolencia. Eso pasa en el más alto grado con la música, sobre todo con la música de conjunto que, dada la subordinación á que reduce al elemento personal, es la que más debe cultivarse por razones altruistas. Pero añadamos que el exceso de cultura estética debe condenarse, lo mismo que el de cultura intelectual—aunque aquél, no por el abuso de las energías, sino por el tiempo que indebidamente consume, por el espacio desmedido que ocupa en la vida.—Para muchas personas, con particularidad para las mujeres, la persecución de la belleza, en una ú otra forma, llega á ser la preocupación dominante; y al logro de lindezas y primores se sacrifican fines de harta más cuantía. Aunque debe atribuirse á la cultura estética una sanción moral, hoy, sin embargo, abundan más las ocasiones de censurar su exceso que de encarecer su extensión. Lo que se necesita es una crítica acerada de los vicios estéticos que por doquiera se traslucen en la subordinación de la utilidad á las apariencias.

CAPÍTULO VII

Las diversiones.

§ 225. El tema tratado en el párrafo anterior se enlaza con el que forma el asunto de este capítulo, puesto que insensiblemente se pasa de los ejercicios y reposos de la actividad que facilita la cultura estética á muchos de los que se comprenden bajo el nombre de expansiones y diversiones. Consideremos ahora estos últimos bajo el punto de vista ético.

El ascetismo, bueno en épocas de régimen militar y útil también como freno de un sensualismo desordenado, ha ejercido, no obstante, tan desmedido influjo en las teorías de los hombres sobre la vida, que á los más les parecerá una cosa absurda el suponer que la moral sancione las diversiones. Con todo, á menos de opinar que son positivamente malas, á ejemplo de los cuákeros y de algunas sectas evangélicas extremas, una de dos: ó se afirma que no son buenas ni malas, ó se afirma que son buenas, y que debe aprobarlas la moral.

No hay que decir que la ética hedonista las sanciona: son empleos de la actividad que procuran placer; y eso basta para justificarlos, mientras no perjudiquen á las ocupaciones obligatorias. En rigor, la ma-

yoría de los placeres se justifican por asociarse á los diversos gastos de energía consagrados á la sustentación del individuo y de los suyos; pero, de todos modos, una vez satisfechos los deberes primarios, ha de sancionarse y hasta recomendarse la persecución del placer por sí mismo.

Deben aprobarse igualmente bajo el punto de vista fisiológico: porque, no sólo exaltan las funciones vitales las satisfacciones que acompañan á los trabajos normales sustentadores de la vida; las exaltan también, y en mucho mayor grado, las satisfacciones anejas á los gastos superfluos de energía que implican las diversiones. Aumentan el flujo vital, y, si no traspasan los límites debidos, contribuyen á la eficacia de todos nuestros empeños.

Cuentan además en su abono la doctrina de la evolución. Según el § 534 de los *Principios de Psicología*, los seres inferiores consumen las pocas energías que poseen en los actos destinados á la conservación del individuo y á la propagación de la especie; mientras que, á medida que se sube en la jerarquía de los seres, encontramos una suma creciente de energía no gastada: cada progreso de organización trae consigo alguna economía, y acrecienta de ese modo el exceso de poder. Ese excedente se gasta en las expansiones de la actividad que llamamos juegos. En los vertebrados superiores es bien visible tal superabundancia de actividad; y lo es especialmente en el hombre, siempre que puede atender á su subsistencia y á la de su familia sin las dificultades que suscita una competencia rigurosa. Así, pues, en una vida humana plenamente desenvuelta, queda un amplio margen para el grato ejercicio de las energías no agotadas por las diarias ocupaciones.

§ 226. En la parte ya citada de los *Principios de*

Psicología (§§ 533-540) expuse la distinción existente entre las aplicaciones de la actividad destinadas al sostenimiento de la vida y aquellas á que nos entregamos no con ese objeto, sino por placer; pero no expuse la distinción que después debe establecerse entre la actividad de las estructuras sensitivas y la de las estructuras motoras. Hay, sin embargo, diferencia entre los goces que las percepciones estéticas deparan y los que procuran los juegos y ejercicios corporales. Estaba reservado á Mr. Grant Allen señalar esa diferencia en su *Estética fisiológica*. Sin embargo, la distinción no puede ser absoluta, porque los goces que derivan de ciertas excitaciones de los sentidos se asocian con frecuencia á acciones musculares, de las cuales dependen, y los goces debidos á acciones musculares se producen bajo la dirección de los sentidos. Además, los goces de ambos orígenes van acompañados usualmente de elementos emocionales de más importancia que ellos. A pesar de todo, esa división es natural, y Mr. Grant Allen lo ha puesto fuera de duda.

Los mismos espíritus ascéticos no rechazan los goces intelectuales y emocionales que se disfrutan viajando. Todos aprueban la persecución de los placeres estéticos que suscitan los bellos paisajes, las montañas, el mar—primariamente, los debidos á las impresiones visuales de las formas y colores; después, y sobre todo, los debidos á los sentimientos poéticos que la asociación despierta.—Lo mismo sucede, hasta cierto punto, con la persecución de los placeres que proporciona la exploración de formas desconocidas de la vida humana y de sus productos—los pueblos extranjeros, sus ciudades, sus costumbres.—Entristece á veces el pensar cuán inmensa es la mayoría de los hombres que pasan por el mundo y lo abandonan, sin saber lo que es apenas. Y

ese pensamiento nos dice que el viajar, aparte los deleites con que brinda, se recomienda también por sus beneficios para la cultura, puesto que amplía nuestra experiencia, y esa ampliación afecta profundamente á nuestras concepciones generales y les da un carácter más racional. Hoy, las mudanzas sociales y las transformaciones de las ideas se deben en mucho á las facilidades que proporcionan los ferrocarriles para el contacto con formas diferentes de vida, de carácter y de costumbres.

Después de los placeres que procuran las representaciones actuales de nuevas escenas, procede citar los que despiertan sus representaciones pictóricas. Si en unos casos no alcanzan á los que promueve la realidad, en otros los superan. Un paisaje ó una escena doméstica, al reproducirse en el lienzo, adquieren un interés artificial, y eso hasta el punto de transfigurarse en algo bello cosas vulgares en sí—quizá porque, en presencia del objeto mismo, el espíritu se halla demasiado preocupado con sus otros aspectos para fijarse en su aspecto estético.—Pero, sea la que quiera la causa, las obras de arte abren un horizonte nuevo de placeres, que el hedonismo sanciona, ó más bien, prescribe. Pocos deleites hay menos expuestos al abuso y que deban aprobarse de una manera más completa que los deparados por la pintura, y, dicho se está, por la escultura.

La general propensión que existe á recrearse con exceso en la literatura ligera, no invita á insistir en la sanción moral de ese placer. Quizá no se busca en el grado debido la exaltación del sentimiento que engendra la lectura de la buena poesía; pero, indiscutiblemente, se leen demasiadas novelas—á menudo con exclusión de toda lectura instructiva y con descuido de las ocupaciones útiles.—Cabe que la moral sancione el entregarse á veces á la satisfacción íntima que se expe-

rimenta en seguir las vicisitudes de personajes imaginarios á que la viva pintura de los caracteres da color de realidad; pero hace mucha más falta que la ética repruebe el abuso tan común de ese goce, porque tales disipaciones emocionales minan la salud mental. Y no se olvide advertir que, si tienen derecho á sanción las ficciones de tendencias humanas, para las ficciones embrutecedoras, para ese cultivo de la saña sanguinaria á que tantas narraciones propenden, no puede haber más que anatemas.

Mucho de lo que acabo de decir á propósito de la novela, puede repetirse á propósito del teatro. Una buena obra dramática proporciona un deleite superior aún al que produce una buena novela; y la desmoralización consiguiente al exceso sería mayor, si hubiese aquí las mismas facilidades para el abuso continuo. Hay que ser parcós en la satisfacción de los placeres intensos. La ley del gasto y la reparación implica la proporcionalidad entre la excitación de una facultad cualquiera y su postración é impotencia subsiguientes—impotencia que persiste hasta consumarse la obra reparadora.—La simpatía exuberante que sentimos por los personajes de la novela y del drama nos cuesta cierta insensibilidad ulterior. Así como los ojos expuestos á una viva luz se incapacitan momentáneamente para apreciar las luces más tenues, á cuyo favor se distinguen los objetos circundantes, así también, después de derramar lágrimas por las víctimas de imaginarios infortunios, viene un instante de depresión en nuestros sentimientos de simpatía hacia las personas reales. Por eso debe reprobarse la moral la frecuente asistencia al teatro, como la frecuente lectura de novelas.

Quizá, entre los placeres de orden estético, el que puede satisfacerse más ampliamente sin peligro es el

que procura la música. Aunque después de un concierto, como al fin de una novela ó de una representación, la vida parece desanimada, la reacción no es tan enérgica, porque los sentimientos excitados son menos afines á los que se asocian al curso ordinario de la vida. A pesar de todo, los placeres de la música suelen buscarse con un exceso que, sino por otra cosa, es perjudicial por el tiempo que absorbe, por el demasiado espacio que ocupa en la existencia.

§ 227. En los placeres anteriores, anejos á la excitación de energías superabundantes, el individuo juega un papel predominantemente pasivo. Examinemos ahora aquellos en que desempeña un papel principalmente activo, y que, á su vez, se subdividen en dos clases: *sports* y juegos. De los *sports* apenas tiene que ocuparse la moral, si no es para medir sus grados de reprobación. Los que infieren directamente un sufrimiento, sobre todo á nuestros semejantes, no son más que medios de satisfacer sentimientos heredados de los salvajes más rudos. El hecho de que después de millares de años de educación social existan aún tantas personas que se recrean en presenciar pugilatos á puñadas ó en ver caer ensangrentados en la arena caballos y jinetes, patentiza la enorme lentitud con que se domañan los instintos de la barbarie. No hay condenación bastante fuerte contra esas diversiones sanguinarias que mantienen vivos en los hombres los elementos más bajos de su naturaleza, y vician así profundamente la vida social. Naturalmente, aunque en menor medida, también debe condenarse la caza—en menor medida, porque en parte se dirige á buscar el sustento, porque el sufrimiento que impone no es tan ostensible, y porque el principal placer que procura es el ejercicio afortunado de la destreza.—Pero es innegable que todas

las acciones que se cumplen á sabiendas de que imponen un sufrimiento á otros seres sensibles, por inferiores que sean, son más ó menos desmoralizadoras. Verdad es que las simpatías son susceptibles de especializarse hasta el punto de que la misma persona, para quien es indiferente la suerte de los animales selváticos, abrigue excelentes sentimientos hacia sus semejantes; pero no puede existir en el primer caso un alto grado de simpatía y faltar en el otro. Notemos al efecto que, al especializarse las simpatías, las que despiertan los diversos seres son tanto menores cuanto más se alejan aquellos de la naturaleza humana: así, lastima más la muerte dada á un ciervo que la de un pez.

Los gastos de energía que toman la forma de juegos atléticos, proporcionan placeres con poca ó ninguna exposición á consecuencias deplorables. Algunos, como el *football*, son tan dignos de reprobación como los *sports* y aun á veces son más brutales. Tampoco merecen grandes plácemes morales diversiones, llamémoslas así, como las regatas, en que se derrochan esfuerzos violentos y á veces fatales por lograr una victoria, si grata para un bando, penosa para el otro. No obstante, la ética sanciona aquellos ejercicios en que á un esfuerzo muscular moderado se asocia la excitación, no demasiado viva, de una competencia cuyo interés mantiene despierto las mudables vicisitudes de la lucha. En tales condiciones, la actividad muscular es beneficiosa, el cultivo de las percepciones es útil y se disfruta de un placer casi inofensivo. Y aquí no puedo menos de condenar la tendencia, tan generalizada al presente, de sustituir los juegos con la gimnasia, prefiriendo así ejercicios musculares violentos y poco atractivos á ejercicios musculares moderados y mucho más agradables. Tal usurpación es una consecuencia de ese

pernicioso ascetismo que no concede ninguna importancia al placer, y supone que, haciendo igual cantidad de ejercicio, se obtiene un beneficio idéntico, cuando la verdad es que la mitad del beneficio se debe á la excitación de las funciones vitales que el placer produce.

En cuanto á los juegos domésticos que exigen principalmente rapidez de percepción, de razonamiento y de juicio, pueden aprobarse en general con reservas de poca importancia. Se recomiendan especialmente en la juventud, porque facilitan á varias facultades intelectuales una valiosa educación que no pueden recibir por otros medios. El acicate de la competencia acrece la prontitud de la observación, la finura de las percepciones, el acierto de los raciocinios, y al placer que por el pronto se disfruta, agrégase la aptitud que se adquiere para desenvolverse con más expedición en varias circunstancias de la vida. Importa añadir que los inconvenientes resultantes de los sentimientos que inspiran la victoria y la derrota son de poca cuantía en los juegos donde el azar desempeña un importante papel, pero son notorios donde el azar no interviene para nada. El ajedrez, v. gr., poniendo frente á frente dos inteligencias en condiciones que llevan de un modo irremisible á evidenciar la superioridad de la una sobre la otra en punto á ciertas facultades, produce en el vencido mayor sentimiento de humillación que el whist; y, cuando median simpatías profundas, el vencedor se siente tan contrariado como el vencido.

Huelga decir que, cuando se juega á interés ó median apuestas, el juego pierde todo derecho á la sanción moral. En uno y otro caso, se busca el propio placer á costa del sufrimiento ajeno, y no como se quiera, sino á las claras y á veces en grado superlativo; ambas cosas, pues, deben condenarse, así por su efecto

inmediato como por su consecuencia remota — que es sofocar los sentimientos de solidaridad humana.

§ 228. Antes de pasar al aspecto altruista de las diversiones, notemos un aspecto egoísta en que se repara poco. A menos de haberse interesado por las distracciones en el curso de su vida, las personas que se encuentran quebrantadas por un trabajo excesivo (quizá impuesto por deberes imperiosos), llegan con frecuencia á ser incapaces de disfrutar ninguna expansión verdadera: no pueden ya distraerse con nada; no encuentran placer más que en el trabajo; su aptitud para todo otro goce se halla atrofiada. Entonces la falta de ocupaciones animadoras retarda, cuando no impide, el restablecimiento de la salud. Con lo cual suelen sufrir de rechazo los allegados al paciente.

La última consideración demuestra que estas, como otras clases de acciones que directamente atañen al individuo, afectan hasta cierto punto á otros individuos. Pero afectan á otros de un modo más directo y constante. Cada persona, sobre el perentorio deber de dirigir su vida de modo que no entorpezca el desarrollo de las ajenas, y sobre el no menos perentorio de prestarles ayuda en ciertas circunstancias, tiene cierta obligación de aumentar los placeres de esas vidas mediante la sociabilidad y el cultivo de las facultades que la favorecen. Un hombre puede ser, socialmente, una buena unidad económica, y una unidad casi nula en otros sentidos. Si no sabe nada de arte; si carece de sentimientos estéticos; si no se interesa por la novela, por el drama, por la poesía ni por la música; si no puede disfrutar de ninguna de esas distracciones que diariamente ó con intermedios más largos llenan los ocios de la vida; si es, pues, de aquellos que no puede recibir ni dar ningún placer, llega á ser en gran parte una

unidad muerta, y, á menos que tenga algún mérito especial, no se perdería nada con que dejase libre el campo.

Así, para aportar su tributo á la felicidad común, todo hombre debe cultivar en la medida conveniente las energías superabundantes que engendran en primer término la felicidad propia.

CAPÍTULO VIII

El matrimonio.

§ 229. Hasta aquí hemos podido mantener, si no en absoluto, con claridad bastante, la distinción que existe entre la ética de la vida individual y la ética de la vida social; pero en este capítulo y en el siguiente llegamos á una parte de la moral, intermedia en cierto sentido. Porque las relaciones de matrimonio y de paternidad afectan á otros, no accidental é indirectamente, sino necesaria y directamente. Por lo mismo, los respectivos órdenes de conducta, aunque dotados en primer término de aquellas sanciones morales que miran al cumplimiento debido de la vida individual, son inseparables de los órdenes de conducta que la moral aprueba ó reprueba, según el influjo que ejercen sobre el prójimo.

Examinemos ante todo la obligación general que tiene el individuo de contribuir á la conservación de la especie, satisfaciendo las necesidades de su propia naturaleza.

§ 230. En los *Principios de Biología* (§§ 334-351) se explicó el antagonismo inevitable entre la individuación y la reproducción, es decir, entre la apropiación del sustento y de la energía á los fines de la vida